

X.

Dulces y serenos pasaban los días en el convento para la princesa de Escocia; dulces y serenos, aunque melancólicos; el inmenso jardín, los dilatados claustros, las buenas religiosas, y la pompa que la rodeaba, daban á la atmósfera pura y serena en que vivía tanta grandeza y majestad, que su alma inocente se cernía como el águila real en los espacios del cielo.

La magnificencia rodeaba á María desde que abría los ojos hasta que el sueño se los cerraba; su guardia escocesa la daba una escolta continua, la seguía en los paseos, y guardaba la puerta de su estancia; María vagaba entre aquella multitud de guerreros como un ángel de paz, bella, dulce, sonriente y sonriendo á todos.

La princesa tenía en San German una larga serie de habitaciones para ella y para su servidumbre; todas las semanas iba un día el delfín á verla, y ambos jugaban y corrían en los jardines, á la vista de sus respectivas servidumbres.

Esto fué durante el primer año; mas al segundo, Diana aconsejó al rey que hiciera porque se vieran con más frecuencia los regios niños, en la se-

guridad de que se tomarían un íntimo y tierno afecto.

Desde entonces, Francisco iba dos veces por semana á pasar algunas horas al lado de su prometida, y bien pronto los unió una tiernísima afecion, pidiendo ambos verse con mayor frecuencia.

Las visitas se fijaron para un día sí y otro no, ó tres á la semana.

María recibía una brillante educacion; su espíritu era vivo, su memoria extraordinaria, su inteligencia despejada y pronta; desde el principio demostró las más brillantes disposiciones.

Dos años pasaron, y cerca de cumplir la princesa los ocho de su edad, la reina María, su madre, escribió á sus hermanos los Guisas, pidiendo á la regia niña para coronarla como reina de Escocia, segun había estipulado el Parlamento al concederla en matrimonio al delfín de Francia.

Anunciaba la reina que una comision de caballeros escoceses iria á buscar á María, y la devolvería á Francia, terminada la ceremonia.

No había más remedio que ceder, á pesar de la repugnancia del rey, que ni quería desprenderse de María, ni que ésta estuviera tan apegada á su patria.

Llegó la comitiva: la flor y nata de la caballería francesa se le agregó, y María volvió á embarcarse para el nebuloso país donde había visto la luz primera.

Las órdenes del rey eran que, no bien terminada la ceremonia, se volviese la princesa á Francia.

Imposible es pintar el enagenamiento de la regente al ver á su hija despues de una ausencia de dos años.

Antes de que desembarcase saltó el puente del navío y la tuvo estrechamente abrazada durante largo tiempo.

—¡Oh, amor mio! exclamaba: santo amor de mi alma, ¿qué ha sido de tí? ¿Pensabas en tu madre? ¿Te acordabas de los que aquí te amaban tanto? ¿Te quieren allí, como nosotros? No, no, eso no es posible, y no sé por qué lo pregunto. ¡Amarte como tu madre! ¡Amarte como los que han mecido tu cuna! ¡Es eso posible!

—Madre mia, allí me quieren mucho tambien, dijo la princesa: me ama el rey, una hermosa señora que se llama Diana, y sobre todo, mi primo el delfin, con el que juego y corro: Francisco tiene una hermana que se llama Margarita, y ésta tambien viene á verme alguna vez: es una niña muy hermosa, con ojos negros y una carita muy blanca, tan pequeña como la mia.

—Luego, exclamó María con celoso dolor, ¿allí te hallas bien?

—Sólo me faltais vos, madre mia: veníos conmigo y seré muy feliz.

La regente volvió á su palacio sin dejar á su hija de los brazos: no se cansaba de verla, de ad-

mirarla, de llenarla de caricias y de apasionados besos.

Al dia siguiente María fué á la catedral en una carroza abierta y tirada por seis caballos blancos, para ser coronada reina de Escocia: el templo estaba adornado con guirnaldas de flores y pabellones de gasa de plata: la corona de Escocia descansaba delante del altar mayor, sobre un rico almohadon, esperando á que la ciñesen á la frente infantil de María.

Esta entró, llevando al lado á su madre: la regente le daba la derecha; su traje blanco estaba todo bordado de perlas; un anciano caballero llevaba la cola de su manto; las dos córtes de Francia y de Escocia la rodeaban: al entrar en el templo desplegaron un rico palio de tisú de oro, bordado de pedrería, y bajo él caminaron la regente y su hija hasta el altar.

El duque de Cambridge abrió los Evangelios y leyó las oraciones de costumbre; María hizo el juramento, y los tres heraldos, de pie en las gradas del altar, agitaron los estandartes del reino y gritaron:

—¡Viva María Estuardo, reina de Escocia!

Al mismo tiempo que el pueblo acogia la proclamacion con gritos de entusiasmo, dos obispos colocaron la corona en la frente de María.

Entonces se pudo ver que el inocente rostro de la niña estaba lleno de lágrimas.

Su llanto no había cesado durante la ceremonia, y cuando llegaron las terribles desgracias que la afigieron, se recordó aquella circunstancia, y se miró ya como del más funesto augurio.

Coronada ya la infantil soberana, salió bajo el palio, y volvió á subir en la carroza con su madre.

La multitud se agolpaba á su paso victoreándola con entusiasmo.

Se sacó la estampilla de la reina, que quedó en poder de la regente, y desde entonces todos los decretos se encabezaron de la manera siguiente:

«María, reina de Escocia, y en su nombre, la reina regente María de Lorena y viuda de Jacobo V, etc., etc.»

La comitiva francesa exigió el llevarse inmediatamente á la reina, alegando las órdenes terminantes que tenía del rey Enrique: mas contra todo lo que se podía esperar, algunos miembros del Parlamento de Escocia se opusieron de una manera absoluta y casi desesperada á que la reina abandonase el territorio de Escocia, apoyados vivamente por la regente, que veía la posibilidad de conservar á su hija hasta los catorce años de su edad.

Aquellas disidencias hubieran encendido tal vez una guerra terrible entre la Francia y la Escocia: pero el rey Enrique acudió á sus habituales consejeros los Guisas, y ellos se encargaron de traer á su sobrina, sustrayéndola al amor maternal y

al del pueblo, empresa difícil y que sólo ellos podían llevar á cabo, con su carácter de hierro y su ascendiente con María de Lorena.

El Cardenal y el duque partieron para Escocia, y poco despues regresaban con su sobrina.

Se habían llevado una princesa heredera y volví con ellos una reina, revestida del manto y de la corona.

XI.

La entrada en París de la reina de Escocia fué mucho más ostentosa que la de cuando vino como desposada del delfín.

Celebróse con grandes fiestas y regocijos; mas no obstante, la misma noche de su llegada durmió ya en el convento de San German.

Así estaba dispuesto, y ella tambien lo pidió así, pues lejos de su madre, en ninguna parte se hallaba mejor que en aquel santo asilo.

Calmado el primer dolor de la separacion, María volvió á sus estudios y á sus inocentes distracciones.

Los años pasaban y la jóven reina adelantaba en talento é instruccion: contaba solos doce cuando ya poseía, con la misma perfeccion que la suya,

las lenguas francesa, inglesa, italiana, española y latina.

Habiendo salido en una ocasión del convento para pasar con la familia real el día del cumpleaños de la reina Catalina, compuso un discurso en latín, que pronunció en presencia del rey y de toda la corte, demostrando que la carrera de las ciencias está abierta para las mujeres como para los hombres, asunto que discutió con vivacidad y grande ingenio.

Hacía también excelentes versos, y se conservan algunas composiciones en todas las lenguas que había aprendido, y que, según afirman personas competentes, no ceden en mérito á las de los mejores poetas de la época.

Cumplidos ya los doce años, el rey la permitió recibir en sus habitaciones, y algunas veces iba él mismo á disfrutar del amable y atractivo trato de la joven reina, á la que visitaban los ingenios más esclarecidos, que ella protegía y estimaba en mucho.

Rousard, Belloy, Baif y otros muchos, ensalzaron á porfía las gracias y el ingenio de su joven protectora.

Llegaron así los catorce años de la reina de Escocia: su madre vino á verla diferentes veces, y cada una se iba con el corazón más dolorido y más triste: la única cosa que la consolaba era la certeza de la felicidad de María.

«Vivo aquí como en la gloria»—escribía á la regente:—«Apenas estoy en mi convento, y solamente paso en él las noches y las primeras horas de la mañana: todos me aman y yo amo á todos: hasta mi severa futura madre está conmigo afable y cariñosa: verdad es que yo no os puedo expresar lo que amo y lo amada que soy de los hijos de Francia (*). Diana de Castro, la hija de la señora de Poitiers, que sólo cuenta diez y seis años y que ya es viuda; Isabel y Margarita, hijas del rey; Francisco, mi futuro esposo; Carlos y Enrique, hermanos los cuatro de mi marido, forman lo que se puede llamar un coro de ángeles, y pasamos unos ratos deliciosos.

»Sin embargo, vos me *faltais*, madre mía, y mi corazón os llama siempre: ¿por qué no os es posible vivir á mi lado?

»¡Si á lo ménos tuviérais más hijos! Pero estais sola, del todo sola y aislada: yo, que estoy tan bien acompañada, pienso mucho en vos y me imagino que vos pensareis mucho más en mí.»

Estas cartas no consolaban más que á medias á la regente: pero en el fondo quedaba llena de amargura, viendo su irremediable soledad.

María Estuardo tenía razón: ella era casi dichosa, y sólo echaba de ménos la compañía de su madre.

(*) Título que se daba á los príncipes de la casa real.

Nada más encantador que las conversaciones de los dos desposados.

Francisco seguía siendo lo que le hemos conocido: un niño de carácter dulce y apacible, que se había ido enamorando hasta la locura de su prometida esposa.

—¡Qué hermosa sois, reina mía! decía el delfín pasando sus dedos por los bucles de María: ¡qué hermosa sois! ¡Qué dulces son vuestros ojos, qué bella vuestra sonrisa!

—¿De veras os parezco hermosa? respondía María con una dulce sonrisa: ¿de veras, mi querido señor, me hallais de vuestro gusto? No podeis saber lo feliz que me hace el oiros: porque mi sólo placer es agradaros.

—¿Cuándo nos casaremos?

—Cuando vuestro padre lo disponga, Francisco.

—¡Oh! cuándo llegará el día dichoso en que os pueda llamar mía: ¡oh! cuánto aborrezco al señor de Montmorency.

—¿Y por qué, señor?

—Por él no estamos ya casados: dice que nuestra boda acrecerá el crédito de nuestros tíos el duque y el Cardenal de Guisa, y que ya tienen sobrado: ¡Dios mio, si deshicieran nuestro enlace sus ambiciones!

—¿Cómo lo han de deshacer, amándoos yo, y vos á mí?

—De modo, María, que aunque se opusieran todos ¿os casaríais conmigo?

—¡Si vos queríais, sí!

—Entonces ya no me importa nada de cuanto hagan y digan: nos casaremos.

—Sí, pero esperaremos á que vuestras bodas se hagan con el gusto y aprobacion de vuestro padre: de no ser así, creería que iba á ser muy desdichada.

—Mi padre es bueno y os adora, María: os adora como os adoramos todos.

—Es verdad que soy soy aquí muy amada.

—¿Estais contenta con Francia?

—¿Cómo no estarlo, señor? Sería preciso para eso que fuera muy descontentadiza, y no lo soy; pero, así que estemos casados, nos iremos á hacer una visita á mi madre: ¿querreis?

—Yo querré todo lo que vos querais; pero preferiría llevaros á Italia: es el país de la poesía y de la música, y vos amais una y otra: ¡qué felices seríamos allí los dos!

—¿No lo somos aquí?

—No, aquí nos espían á todas horas, y no tenemos ninguna libertad; mis hermanos se chanclean conmigo, y además, os miran demasiado, yo lo he visto.

—¡Qué locura!

—¡Estoy celoso!

—No hay por qué y voy á enojarme con vos.

—¡Sois tan hermosa, María, tan hermosa, que no he visto ninguna mujer que se os parezca, á pesar de haberlas tan bellas en la córte de mi padre!

Alguna dama severa, algun viejo y hurafío caballero escocés venía siempre á interrumpir estos dulces coloquios de los dos niños. Francisco ponía mal gesto y María seguía dócilmente al méntor que venía á llevársela para volverla al convento.

Era, en efecto, la reina de Escocia una niña encantadora; su estatura, alta para su edad, estaba llena de gallardía y de gracia; sus grandes ojos azules lanzaban destellos de plácida y serena luz; era su tez de rosa y nácar, y tenía esa diáfana transparencia tan delicada y tan difícil de hallar; su nariz aguileña, un tanto corva, prestaba á su fisonomía una gracia infinita, pues era muy pequeña.

En fin, la hermosura de la reina de Escocia era proverbial, y unida á las gracias de su ingenio, la hacía dueña de todos los corazones.

Las princesas y los príncipes hermanos de su marido, le llamaban la señora delfina, riéndose y jugando con ella, y la amaban tiernamente; cuando se reunían en una misma cámara los hijos de Francia, era imposible imaginar un cuadro más encantador que el que presentaban; hallábase allí reunida, en el sólo espacio que podía alcanzar la vista, toda la historia del porvenir; infortunios, pasiones y glorias; el delfin, Francisco II; Isabel, que fué esposa de Felipe II de España, y por consiguien-

te reina; Cárlos, que se sentó en el solio de Francia con el nombre de Cárlos IX; Enrique, que reinó despues, y fué el tercero de este nombre; Margarita de Valois, que fué esposa de Enrique IV, rey de Navarra; otro segundo Francisco, que fué duque de Alenzon, de Anjou y de Brabante, y por último, María Estuardo, que se ciñó dos veces la corona de reina, y murió con la de mártir en las sienes.

Además de todos estos príncipes y princesas se contaba entre los hijos de Francia una adorable jóven; era Diana, la hija de Diana de Poitiers y del rey Enrique II, la viuda de Horacio Farnesio, duque de Castro.

Aquella pobre niña estaba reconocida como tal hija del rey; éste la había legitimado y la amaba mucho; sus hermanos la amaban tambien; pero era víctima infeliz, no sólo de las persecuciones de la reina Catalina de Médicis, sino tambien de las de su propia madre la duquesa de Valentinois, que la detestaba porque era más hermosa que ella, y porque su edad de 17 años desmentía la juventud eterna de su rostro.

El carácter de la duquesa de Castro estaba dotado de una dulzura angelical; vivía en uno de los palacios que le habían quedado en viudedad; doce años solamente contaba cuando se casó con Horacio Farnesio, que había ya cumplido cuarenta y ocho, y que no la vió más que el tiempo necesario

para la ceremonia imperial, partiendo despues á la guerra, donde murió, al año de su enlace.

Entonces Diana de Castro volvió á la tutela de su padre el rey, y conoció á todos sus hermanos, á los que amó con todo su corazon.

Había pedido al rey la mano de Diana para su hijo, el condestable de Montmorency, y ya la tenía acordada; pero aquella hermosa niña, que hasta la época de su casamiento había vivido en la compañía de un honrado matrimonio plebeyo, había conocido á Gabriel de Montgomery, que vivía cerca de ella, tambien en compañía de su nodriza Aloisa.

Los dos niños se habían amado con todo su corazon; una tierna simpatía había unido sus almas, y ya desde su más tierna infancia se habían llamado esposos.

No es posible pintar el desconsuelo de Diana cuando se vió amenazada de aquella union, que ella aborrecía por el sólo motivo de que la separaba de Gabriel; pero éste había desaparecido; desde el dia en que se halló el cadáver de su padre, había montado en uno de sus caballos más fuertes y había marchado, con la sola compañía de un escudero, á las guerras de Italia. No había dicho adios á Diana; ésta nada sabía de él, pero su pensamiento le seguía siempre y su corazon le esperaba, sabiendo que el olvido no cabía en aquella alma noble.

XII.

A pesar de los esfuerzos del condestable de Montmorency para retardar el enlace del delfin con María Estuardo, el rey quiso complacer á su hijo, y se fijó para efectuarlo el 24 de Abril de 1558.

El condestable, conseguida ya la mano de Diana de Castro para su hijo Francisco, vió con ménos pena aquella boda; las dos familias se disputaban el favor del rey, ó lo que es lo mismo, el dominio del reino.

De gran diversion sirvió para las princesas la llegada de las galas que se habían encargado para la delfina. Catalina de Médicis quiso que la esposa de su hijo sobrepujase en la riqueza de su atavío nupcial á todo lo conocido hasta el dia; si algun amor podía tener acceso en aquel corazon duro y helado por un continuo y punzante pesar era, á no dudar, el que profesaba á aquella dulce y hermosa niña.

Verdad es que María la acariciaba y la mostraba más amor que sus mismas hijas.

Isabel y Margarita tenían hasta tal punto á su madre, que apenas se atrevían á hablar en su presencia, y tenían el verla sonreir por la más alta

de las recompensas; así es, que cuando veían á la reina de Escocia acariciar á la de Francia, se admiraban de su valor.

—¿Cómo te atreves á tanto? le preguntaban.

—Vuestra madre me recuerda á la mia, y es además la madre de Francisco; respondía María: ¿por qué no la manifestais más amor? Acaso vuestra frialdad la hace desgraciada.

—Mi madre no gusta de ternezas, dijo un dia Margarita: cuantas se usen con ella son en vano, y además la molestan.

Catalina de Médicis era sin duda sensible á las manifestaciones de cariño, aunque su altivez le impidiese dar á entender que las deseaba; pero, contraste vivo de María Estuardo, que hizo adoradores de sus gracias á cuantos la miraban, jamás supo inspirar ningun afecto serio y profundo.

Sus detractores han hablado, sin embargo, de sus amores con el conde de Lorena, atribuyendo á esto la predileccion que tenía por su sobrina la reina de Escocia; mas, sea como quiera, si alguna debilidad del corazon puede ser excusable, la de la reina estaba en este caso, por el aislamiento moral en que vivía.

Las galas más ricas, las joyas más preciosas vinieron para la delfina, y fueron conducidas á Blois, donde á la sazón se hallaba la córte y donde debían tener lugar las bodas.

—A la verdad, decía Isabel de Francia á la

encantadora novia, el mismo dia de los desposorios por la mañana: á la verdad que yo no sé por qué amas tanto á Francisco: ¡qué flaco y qué feo se ha puesto!

—Para mis ojos es el más hermoso de los caballeros de la córte; además, ¿tiene el pobre la culpa de estar enfermo? Desde que se queja de ese pertinaz dolor de cabeza le quiero más.

—En verdad que él sufre; sólo en tu presencia parece más animado y más tranquilo; pero cuando está solo permanece abatido y silencioso durante largo rato.

—Yo le distraeré, yo le curaré; dijo con una sublime fe María Estuardo: la dicha cura todos los males del cuerpo; la dicha curará á Francisco.

En tanto que hablaba así la desposada, las princesas la iban prendiendo el velo con los alfileres que el año anterior se habían inventado; Margarita arreglaba los rubios rizos de sus cabellos, y los tres príncipes, retirados en el hueco de una ventana, contemplaban su hermosura y envidiaban la dicha de su hermano.

La puerta se abrió y entró la reina Catalina, seguida de su hijo el delfin.

Traía la reina en la mano una cajita de ébano, primorosamente cincelada; sin mirar á ninguno de sus hijos se llegó á María, la besó en la frente, y despues fué á una mesa, donde colocó y abrió la cajita, sacando de ella una admirable sarta de perlas.

—Venid aquí, hermosa novia, dijo: estas perlas son para vos.

—¡Señora... madre mia, qué hermosa joya! exclamó María abrazando á Catalina; però ¡me habeis dado ya tantas...! ¿Dónde os place que me coloque ésta?

—Yo la enredaré en vuestros hermosos cabellos.

Y la altiva Catalina unió la accion á la palabra, haciendo sentar á la novia y empezando á colocarle las perlas entre los espesos rizos de su dorada y sedosa cabellera.

—¿Qué os parece vuestra esposa? preguntó Catalina al delfin, sin separar los ojos ni las manos de su obra.

—¡Muy hermosa! respondió con tono lánguido Francisco.

—¡De qué modo decís esto, hijo mio! ¿Ni aun para vuestra desposada os animais?

—¡Es que sufro, sufro mucho, madre mia! murmuró Francisco, dejándose caer en un sillón y llevando ambas manos á su frente.

María Estuardo palideció; mas, sin embargo, no se atrevió á levantarse para correr hacia su esposo, como hubiera deseado, pues aun se hallaba la reina madre ocupada de su tocado; pero no pudo ménos de decir en voz queda y dulce.

—¡Dios mio! ¡Qué teneis, señor! ¿Es sólo el dolor de cabeza lo que os molesta, ó sentís algun dolor nuevo? ¡Oh, hablad!

—Es sólo la cabeza, repuso el delfin con acento débil, en tanto que su madre, terminada ya su obra, contemplaba á la novia con la misma serenidad que si no hubiera oido lo que se estaba diciendo.

—Pues será forzoso avisar á Maese Ambrosio Paré, dijo la futura delfina; ya ese dolor de cabeza tan violento y tan pertinaz debe ponernos en cuidado.

—¿Llamar al doctor por un dolor de cabeza? exclamó riendo Catalina de Médicis; ¿no os daría vergüenza, hijo mio?

En aquel instante se oyeron muchos pasos en los corredores y antecámaras, con crujido de espuelas y de ropas de seda.

—¡Vamos, ahí está el rey! dijo Catalina acercándose á su hijo y sacudiéndole con violencia por el brazo; ¿quereis dar un mal dia á vuestro padre? ¡En verdad, Francisco, que estoy tristemente admirada de vuestra conducta!

—Pero ¡Dios mio! ¿Qué manía es la de vuestra madre, de no querer creer que estais malo? exclamó María tomando la mano del delfin: en cuanto salgamos de la capilla, que ya seré vuestra esposa, voy á mandar llamar al doctor Paré.

El príncipe besó la linda mano que había asido la suya, á tiempo que la puerta se abría y un paje anunciaba:

—¡El rey!

Enrique II entró solo; á través de la puerta abierta se divisaba en la galería una cascada de oro y seda, una magnífica turba de caballeros y de damas, que esperaban á los novios para acompañarlos al altar.

La más inmediata á la puerta era Diana de Poitiers, vestida con un traje materialmente cubierto de pedrería.

A pesar de su osadía, la severa y helada mirada de Catalina de Médicis la contuvo en el umbral.

—¿Dónde está Francisco? preguntó el rey lleno de zozobra, al ver desde la primera ojeada que el delfín no se hallaba allí.

—Aquí estoy, señor, dijo el príncipe, que se adelantó vacilante y pálido.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo? exclamó el rey sosteniéndole: ¿qué te pasa hijo mio?

—Sólo tengo un gran dolor de cabeza, señor.

—¿Desde cuándo?

—Ya hace más de un mes.

—¿Y nada me habías dicho? Y vos, señora, ¿no sabíais nada?

Enrique, al decir estas palabras, se volvió severamente hacia Catalina.

—No he dado importancia alguna á un simple dolor de cabeza, y no he creído que debía alarmar á V. M. por tan poca cosa; dijo la reina.

—Vos no dareis importancia á este dolor de cabeza, pero lo tiene, dijo el rey: ¿no veis cómo está

Francisco? ¡De ayer á hoy no es conocido! ¡Hola! continuó llamando al ejército de pajes que se agitaba en la galería: ¡pronto! un hombre á caballo, á decir á Maese Ambrosio Paré, nuestro médico, que venga al instante; ¡al instante! Si no se halla en Paris que se le busque, y que venga inmediatamente á Blois.

—¡Ah, gracias, señor! exclamó María Estuardo, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué no me habeis advertido vos del estado de Francisco? exclamó el rey con severidad: ¿es así como le amais? Y vosotras, Isabel, Margarita, y vosotros, hijos míos, ¿no veíais su estado? ¿Por qué habeis callado todos?

Todos los príncipes y princesas bajaron la cabeza, sin contestar.

—¡Por Dios, continuó el rey, que si atendiera á mis enojos, os lo había de hacer pagar caro! ¿Es posible que todos tengais un corazón perverso y helado?

—Señor, nadie pensamos que mi dolencia ofreciese cuidado, dijo el delfín: ¡hasta á mí me daba vergüenza quejarme de un dolor de cabeza!

—¡A la capilla! dijo el rey: por ahora, la dicha es el mejor remedio, y el que yo os puedo dar.

Y presentando la mano á María Estuardo, abrió con ella la comitiva.

El delfín tomó la de su madre.

Isabel y Margarita dieron las suyas á sus herma-

nos; Diana de Poitiers tomó la del condestable, y en esta forma se trasladaron á la capilla.

XIII.

Durante la ceremonia Francisco se desmayó tres veces; un cordial le volvió en sí, y al salir, dando ya la mano á su esposa, la dicha de poseerla le comunicó fuerzas, y su rostro se animó al oír gritar en derredor suyo:

—¡Viva el delfín!

—Viva la reina delfina!

Este es el título que se dió á María Estuardo.

Después de la ceremonia religiosa y terminado el banquete que tuvo lugar, empezaron las justas con que se solemnizaban las bodas del delfín.

La plaza era un cuadrilongo perfecto y de gran extension; en derredor se habían levantado tabladillos para los espectadores, y en uno de los extremos, bajo dosel, estaban los asientos de la reina, de las princesas y de sus damas; en el lado opuesto estaba la entrada donde esperaban los combatientes de las justas, y el gentío se agolpaba por todos lados.

Apenas la corte había ocupado sus respectivos asientos tuvo lugar una desgracia; el capitán de guardias de la reina fué precipitado por su caballo,

que se espantó con la algazara, el ruido de las trompetas del torneó y de las aclamaciones.

El capitán fué á dar con la cabeza en una de las barras de madera que guarnecían el recinto, y le entregaron á los cirujanos con pocas esperanzas de vida.

El rey sintió mucho este accidente; pero debía romper lanzas en las justas, y era tan aficionado á esta clase de fiestas que en breve se distrajo.

Dieron principio los juegos de la sortija; el rey montaba un hermoso caballo blanco, enjaezado con un caparazon de terciopelo guarnecido de oro; era el más elegante caballero de cuantos se habían presentado en el palenque; llevaba su lanza con una gracia y una seguridad admirables, y no había sortija que no ensartase.

Sus hijos lo miraban con asombro, y Francisco, sentado al lado de su joven esposa en el sitio más visible, olvidaba al verle sus dolores, y se lo mostraba á María diciéndole:

—¡Reparad, querida mía, qué hermoso es nuestro padre!

—¡Oh, sí que lo es! repuso María.

—Yo quisiera parecerme á él para agradaros.

—Ya os pareceréis; ahora sois un niño.

El rey ganó la sortija; al recibirla dirigió una mirada á Diana de Poitiers, como expresándole que su deseo era dársela; pero como aquel premio era ofrecido por la reina, hubo de ir á ofre-

cérsela á María Estuardo, reina además de la fiesta.

Concluido aquel juego, empezó el de los gladiadores: eran doce; seis vestían de raso blanco y seis de raso carmesí, á la antigua romana; Brantome ha explicado este juego y á el remitimos á nuestros lectores, para no molestarlos con una descripción pesada.

Concluido aquel juego, empezó á disponerse todo para las carreras de las estacas; claváronse muchas de unos cinco ó seis pies de altura, y el juego consistía en dar vueltas al derredor de ellas, sin tocar á ninguna: el premio consistía en un brazalete cincelado por Benvenuto Cellini.

Los caballeros fueron bastante corteses para dejar ganar al rey.

Este recibió el brazalete, y fué adonde se hallaba Diana de Poitiers, en cuyo brazo lo abrochó públicamente.

La reina palideció de rabia y de dolor al sentir este ultraje.

Luégo murmuró entre dientes esta sola palabra.

—¡Paciencia!

¡De cuántas amenazas estaba preñada aquella frase!

¡Qué terribles venganzas hacía presentir!

El tiempo se encargó de realizarlas.

—Vamos á romper algunas lanzas en honor de las damas, dijo el rey; á las seis en punto se cerrará el campo de las fiestas... ¿cómo sigue el capitán?

—Señor, le respondieron, ¡acaba de morir!

Enrique se puso muy pálido.

—¡Triste presagio! murmuró; y luégo alzando la voz y quitándose del cuello su gran collar de oro que le daba siete vueltas, añadió:

—Ved aquí el premio del vencedor; el que gane, lo recibirá de manos de la reina.

Y al decir estas palabras puso el collar en manos de la reina Catalina.

El rey ganó las justas, como los juegos, y á las seis el campo quedó cerrado, dándose cita en él para el siguiente día, pues las fiestas del regio enlace debían durar tres.

Aquella noche llegó de Paris el célebre doctor Ambrosio Paré; el rey hizo que en presencia suya reconociese á Francisco, y al verle palidecer palideció también, pero le hizo una señal imperiosa.

—Esto es sólo una gran debilidad que S. A. tiene en el cerebro, dijo el médico, advertido por la señal del rey; la dicha que hallará ahora en la continua y grata compañía de su augusta esposa, le aliviará; sin embargo, si se empeorase su estado, lo que no es de creer...

—¿Qué? interrogó el rey con ansiedad.

—Le haría una operación.

—¿Dónde?

—En la cabeza.

El rey se estremeció y hubo de apoyarse en un mueble para no caer; con la maravillosa intuición

del amor paternal, comprendió la terrible verdad; se trataba de la operacion del trépano, la más terrible de todas las operaciones quirúrgicas; podía decirse que el delfin estaba herido de muerte.

El rey abarcó con una de esas miradas del alma á su hijo predilecto, al dulce, bondadoso y honrado Francisco, durmiendo en su lecho de piedra, y al reino en manos del falso y astuto Carlos, su hijo segundo; es decir, en manos de la cruel y ambiciosa Catalina.

Así fué, que cuando el príncipe salió para ir en busca de su encantadora esposa, Enrique II cruzó las manos, miró al doctor con aire suplicante, y exclamó:

—¡Oh doctor! ¡Sálvame, sálvame á mi hijo!

—No hay ahora peligro formal, señor; contestó Ambrosio Paré.

—Pero si llegara el caso de la operacion... es horrible ¿no es verdad?

—No debo ocultar á V. M. que es peligrosa.

—He oido decir que consiste en levantar el cráneo con un instrumento cortante, y descubrir el interior del cerebro.

—Así es, señor; se destapa el cráneo, se extrae el depósito seroso que contiene, y se vuelve á cubrir con el casco.

—¿Sólo tú haces ese horrible trabajo en Francia?

—Sólo yo, señor.

—¿Te se han muerto muchos enfermos?

—Sólo dos, una jóven muy delicada, y un anciano casi decrepito.

—¿Murieron durante la operacion?

—Apenas empezada, señor; la muerte de la jóven fué causada por un accidente muy insignificante en la apariencia.

—Y ¿cual fué?

—Se hizo ruido en la estancia y ella se movió de un modo casi imperceptible; esto bastó para causarla la muerte.

—De modo ¿que para esa operacion se necesita un silencio completo?

—Sepulcral, señor; el vuelo de una mosca puede hacerla desgraciada.

—Si Francisco necesita de esa operacion, dijo el rey, te quedarás solo en su cámara con él, con la delfina y conmigo, y fuera tendrá pena de la vida el que se mueva ni respire, ni en palacio ni en la calle, ni aun en toda la ciudad; pero ¿crees tú que será necesaria esa tremenda operacion?

—Hoy no, señor.

—¿Y más adelante?

—Más tarde ó más pronto.

—¡Acaba!

—Será indispensable; dijo el médico inclinando la cabeza: luégo añadió:

—¿Por qué no me han avisado antes? ¡El mal ha hecho progresos espantosos!

—¡Ay! exclamó el rey; yo mismo no sabía que existiese esa enfermedad; la reina me la ha callado; mis demás hijos no le han dado importancia; hasta la delfina creyó que era simplemente un dolor de cabeza; al pobre Francisco le daba hasta vergüenza el quejarse de tan poco mal; en fin, mi buen Ambrosio; en tus manos pongo la suerte del delfin y la mia; yo no podría sobrevivirle. Francisco es el primer amor de mi corazón, á pesar de cuanto se diga; y es, que durante algunos años, él ha sido mi sola y dulce compañía.

El rey salió, dichas estas palabras, y se encerró en su cámara sombrío y meditabundo.

No obstante, á las tres, hora en que se abría la plaza para los juegos y las fiestas, se tranquilizó como por encanto; los dos desposados, hermosos como el sueño del amor, frescos, engalanados, sonrientes, se presentaron á él, asidos de la mano.

El rey les abrazó tiernamente.

—¡Hijos míos! exclamó: ¿sois felices? ¿Estais contentos?

—Lo somos tanto, señor, exclamó Francisco, que cuando María y yo muramos no podremos ir al cielo.

—Hoy no le duele la cabeza, dijo la joven reina; ved padre qué buen color tiene; ¡oh, yo le curaré!

El rey y los dos jóvenes se reunieron con la corte y se dirigieron á la plaza.

La tarde pasó sin novedad; el rey ganó todos

los premios: despues de la cena hubo baile en las habitaciones de la reina madre.

XIV.

Llegó la tarde tercera y última de las fiestas: la corte se dirigió á la plaza: la afluencia de los justadores era mayor que en los anteriores dias.

Se repitieron los mismos juegos; en el torneo eran vencedores el rey y el conde de Vieilleville: mantenían el campo cuatro justadores, que eran el rey, el duque de Guisa, Alfonso de Este, duque de Ferrera, y Santiago de Saboya, duque de Nemours.

Aquellos príncipes eran los cuatro mejores guerreros que había entonces, no sólo en Francia sino tambien en toda Europa.

Se ignoraba á cuál de ellos debía adjudicarse el premio, porque cada uno de por sí hacía prodigios de valor y de destreza.

El rey estaba orgulloso y lleno de animacion: su pasión, su diversion favorita eran las justas, y tenía tanto interés en vencer como si se hallase en un campo de batalla.

Así pasó la tarde: la noche avanzaba, y las trompetas anunciaron la última carrera.